

Alejo
Carpentier

El recurso del método



El libro de bolsillo
Biblioteca de autor
Alianza Editorial

Índice

Primer capítulo	9
Uno	11
Segundo capítulo	39
Dos	41
Tres	63
Cuatro	74
Cinco	84
Tercer capítulo	101
Seis	103
Siete	122
Ocho	136
Cuarto capítulo	153
Nueve	155
Diez	169
Once	183
Doce	204
Trece	224
Quinto capítulo	243
Catorce	245
Quince	263
Dieciséis	282

Sexto capítulo	305
Diecisiete	307
Dieciocho	322
Séptimo capítulo	339
Diecinueve	341
Veinte	357
Veintiuno	377
1972	393
Veintidós	395

Uno

...pero, si acabo de acostarme. Y ya suena el timbre. Seis y cuarto. No puede ser. Siete y cuarto, acaso. Más cerca. Ocho y cuarto. Este despertador será un portento de relojería suiza, pero sus agujas son tan finas que apenas si se ven. Nueve y cuarto. Tampoco. Los espejuelos. Diez y cuarto. Eso sí. Además, el día se pinta en color de media mañana sobre el amarillo de las cortinas. Y es lo mismo de siempre cuando vuelvo a esta casa: abro los ojos con la sensación de estar *allá*, por la hamaca esta que me acompaña a todas partes –casa, hotel, castillo inglés, Palacio nuestro...– porque nunca he podido descansar en rígida cama de colchón y travesaño. Necesito un acunado de chinchorro para ovillarme, con su cabuyera para mecarme. Y es otra mecida y un bostezo, y otra mecida al sacar las piernas y poner los pies a buscar mis pantuflas que se me extravían en los colores de la alfombra persa. (*Allá*, siempre atenta a mis despertares, me las hubiera calzado ya la Mayorala Elmira, que debe estar durmiendo en su camastro de campaña –ella también tiene sus manías–,

de pechos sueltos y enaguas por las caderas, en la noche del otro hemisferio.) Unos pasos hacia la claridad. Halar el cordón de la derecha y se abre, con ruido de anillas, arriba, el escenario de la ventana. Pero, en vez de un volcán -nevado, majestuoso, lejano, antigua Morada de Dioses- se me acerca el Arco de Triunfo detrás del cual está la casa de mi gran amigo Limantour, que fue ministro de Don Porfirio, y con quien tanto se aprende cuando se pone a hablar de economía y jodederas nuestras. Leve ruido de puerta. Y aparece Sylvestre, con su chaleco rayado, alzando la bandeja de plata -espesa y hermosa plata de mis minas: *Le café de Monsieur. Bien fort comme il l'aime. A la façon de là-bas... Monsieur a bien dormi?...* Las tres cortinas de brocado son corridas, ahora, una tras otra, mostrando, en buen sol para jornada hípica, las esculturas de Rude. El niño-héroe de los cojoncillos al aire, llevado a combate por un caudillo desmelonado y corajudo de los que -¡si lo sabré yo!- aullando epinicios pasan de la vanguardia a la retaguardia si la cosa se pone fea. *Le Journal*, ahora. *L'Excelsior*, cuyas páginas, por sus muchas fotos, vienen a ser un cinematógrafo de la actualidad. *L'Action Française*, con las recetas gastronómicas de Pampille que mi hija señala cada día, con lápiz rojo, a la atención de nuestro excelente cocinero, y el imprecatorio editorial de Léon Daudet, cuyas geniales, apocalípticas injurias -expresión suprema de la libertad de prensa- promoverían duelos, secuestros, asesinatos y balaceras cotidianas en nuestros países. *Le Petit Parisien*: Sigue la rebelión de Ulster, con gran concertante de ametralladoras y arpas irlandesas: universal indignación produce la segunda recogida de perros de Constantinopla, condenados a devorarse, unos a otros, sobre una isla desierta; nuevos bochinches en los Balcanes, eterno

avispero, polvorín de siempre, que mucho se me parecen, por ello, a nuestras provincias andinas. Todavía me acuerdo –era en mi pasado viaje– las ceremonias de recibimiento del Rey de los Búlgaros. Pasó por aquí, junto al Presidente Fallières, exhibiendo su empenachada y entorchada majestad (se me pareció por un momento al Coronel Hoffmann) en un soberbio landó de aparato, mientras la banda de la Guardia Republicana, apostada al pie del monumento napoleónico, tocaba *Platcha divitza*, *Chuma Maritza*, con gran lujo de trompetas, clarinetes y bombardinos, realzado por una casi zarzuelera combinación de flautín y triángulo. *Vive le Roi! Vive le Roi!*, gritaba una multitud republicana, añorante, en el fondo, de tronos, coronas, cetros y maceros, muy pobremente sustituidos, en cuanto a espectáculo, por los presidentes de frac y banda escarlata en el chaleco que mueven la chistera, de cabeza a rodillas, en gesto de saludo harto parecido al de los ciegos que piden limosna después de haber buscado el sonsonete de *La jambe en bois* en las negras honduras de una ocarina. Once menos veinte. Felicidad de una agenda cerrada –tirada– en el velador arrimado a la hamaca, sin un horario de audiencias, visitas oficiales, presentación de credenciales, o alardosa entrada de militares que te llegan así, de repente, fuera de programa, a compás de botas y espuelas. Pero he dormido más de lo acostumbrado y es que anoche, claro, anoche –y muy tarde– me he tirado a una hermanita de San Vicente de Paul, vestida de azul añil, con toca de alas almidonadas, escapulario entre las tetas, y disciplina de cuero de Rusia en la cintura. La celda era perfecta, con su misal de pasta becerrona en la tosca mesa de madera, junto a la palmaria plateada y la calavera demasiado gris –la verdad es que no la toqué– que sería de cera o tal vez de caucho. La

cama, sin embargo, pese a su estilo conventual y penitenciaro era comodísima, con sus almohadas de falsa estameña, sus plumas metidas en fundas que parecían hechas de austera lona, y aquel bastidor de tiras elásticas que colaboraba, dócil, con los movimientos de codos y de rodillas que sobre él se trababan. Cómoda era la cama, como lo eran el diván del cuarto de los califas o la banqueta de terciopelo del coche-dormitorio de los *Wagons-lits-Cook (Paris-Lyon-Méditerranée)* eternamente detenido, con dos ruedas y escalerilla de acceso, en la galería que –ignoro por qué ingenioso artificio– olía siempre a respiro de locomotoras. Todavía me faltaba por probar las posibles combinaciones de cojines y esteras de la Casa Japonesa; el camarote del *Titanic*, reconstruido en su realidad sobre documentos, y que parecía como marcado por la inminencia del drama. (*Vas-y vite, mon chéri, avant que n'arrive l'ice-berg... Le voilà... Le voilà... Vite, mon chéri... C'est le naufrage... Nous coulons... Nous coulons... Vas-y...*); el rústico desván del cortijo normando, oliente a manzanas, con botellas de sidra al alcance de la mano, y la Cámara Nupcial donde Gaby, vestida de novia, coronada de azahares, se hacía desflorar cuatro o cinco veces cada noche, cuando no estaba de turno en la mañana –«la guardia», llamaban a eso– por aquello de que algunos amigos de la casa, a pesar de las canas y de la Legión de Honor, conocían aún, de tarde en tarde, la gloria de los despertares triunfales de Victor Hugo. En cuanto al Palacio de los Espejos, éste me había devuelto tantas veces mi figura en yacencias y escorzos, invenciones y garabatos, que todas mis conjugaciones físicas quedaban recopiladas en mi memoria como en un álbum de fotografías familiares se repertorian los gestos, actitudes, desplantes y atuendos que marcaron las mejo-